

por la conciencia humana, despertando hasta en las clases inferiores confusos sentimientos de libertad y de igualdad. Sin embargo, entre el patricio y el plebeyo mediaba un abismo. El primero era la concentracion de todos los derechos, el segundo era la concentracion de todos los deberes. Pero el plebeyo no tolerará por largo tiempo la dura cadena de su esclavitud. Un día abandona la sociedad y muestra á los soberbios que la sociedad descansa sobre los hombros de los plebeyos, que la sociedad puede vivir sin patricios, pero no puede vivir sin pueblo. (Aplausos). De esta grande energía nace el primer pacto de los plebeyos y el patriciado. El tribuno se sienta á las puertas del Senado y puede ya interponer su veto, especie de libertad negativa, que es, sin embargo, el gérmen primero de la libertad verdadera. De aquí el pueblo se levanta á los comicios, á las magistraturas, al *jus connubium*, y á escudriñar las fórmulas de jurisprudencia veladas ántes á sus ojos como indescifrable geroglífico. ¿Quién le cerrará el paso á la victoria? Sabe hacer valer su derecho, se cife el manto de los comicios, manda las legiones, puede poner sus manos en el ara de los dioses, y ve las puertas del Campo de Marte abrirse en su presencia, para que sea causa de derecho, legislador en los comicios por tribus. Pero ¿qué sucede en los momentos en que una gran tempestad se estiende sobre Roma, y cae una lluvia de sangre sobre sus campos? Sucede que el pueblo se ve burlado en sus derechos, porque sus derechos no le sirven, no le valen. Y no le sirven y no le valen, porque no tiene oro: que solo á los ricos se concede en aquella sociedad materialista la libertad y el ejercicio del poder, y el derecho que no está en el alma sino en las tablas del censo. Del seno de esta gran injusticia se debia levantar una gran protesta. Surge Tiberio Graco y muere á manos de la aristocracia; le sigue Cayo Graco y muere tambien desgraciadamente; viene Saturnino, y la aristocracia lo apedrea; viene Druso y la aristocracia ahoga su voz; se levanta Mario, que habia salvado á Roma, y la aristocracia le desprecia; se levanta Catilina y la aristocracia le calumnia, y lo sacrifica, y entónces, cuando entre las olas del movable mar de los hechos, se levanta el hombre del genio, el hombre del destino, César, tribuno como Tiberio, humanitario como Cayo, audaz como Druso, guerrero como Mario, demagogo como Catilina, pero mas grande, mas sublime que todos ellos, porque trae un genio en su mente, y una idea brillante como la estrella de su genio, el pueblo que lee el secreto de su grandeza en la frente de sus elegidos, le entrega su libertad en cambio de venganza,

za, terrible venganza que dura cinco siglos, y que atormenta á la aristocracia machacando su cabeza sobre aquellos campos, sobre aquellas propiedades, á las cuales habia sacrificado la libertad y la justicia. (Estrepitosos aplausos.)

Aquel pueblo aleccionado por las malas doctrinas de sus gobernantes que le enseñaban á anteponerle todo á la libertad; acostumbrado á tener en poco sus derechos que le compraban á vil precio los nobles y en mucho el pan de cada día y el Circo y los juegos; ocioso, porque los grandes propietarios convirtieron las tierras de labranza en tierras de pasto para no haber necesidad de su trabajo; mal hallado con ir ¡pobre cliente! á la puerta de sus patronos, al amanecer, á recibir una mordedura del perro de la casa, un insulto del portero, á llamar á su señor rey, nombre odiado siempre de los romanos, para llevarse en cambio en la gran cazuela que le ponian sobre la cabeza, los restos de la comida del día anterior, mezclados con las mondaduras de las frutas y hasta con los residuos del aceite de las lámparas; y deseando sacudir tan opresor patronato, nunca fundado en el respeto debido á todos los ciudadanos, se entregó al César, al emperador, que si no le daba libertad, en cambio tenia una flota para proveerlo de trigo, cuyo arribo era objeto de festejos públicos; y tributarias de su hambre Córcega, Cerdeña, Sicilia, el Africa, la Bética, el Egipto; y abierto al pié del Aventino, la montaña de las tempestades, de la libertad, del trono plebeyo, un depósito de trigo llamado Annona, que tenia un prefecto y cuatro magistrados para su mejor gobierno; depósito á cuyas puertas se agolpaba el pueblo despues de haber recibido su inscripcion en un sitio que se estendia entre los teatros de Balbo y de Pompeyo, depósito en el cual estaba librada la autoridad de los Césares, depósito que alimentaba al pueblo pero que tambien lo envilecia (aplausos). no de otra suerte que la sopa de nuestros conventos envilecia á esta raza de reyes mendigos de que se componia el pueblo español en tiempo del absolutismo, reyes hambrientos del Perú, de un nueve mundo no ménos grande y mas rico que el mundo del pueblo romano, y que se contentaba con aquella pobre comida, con cuyo recurso ni siquiera necesitaban fundar una familia, y dejaban yermos, desolados, los campos que heridos con la vara milagrosísima del trabajo, hubieran dado lo que nunca tendrán, nunca, los pueblos ociosos, la libertad y la independencia de su vida. (Entusiastas aplausos.)

He nombrado el trabajo. ¿Sí? Pues he nombrado la llaga incurable de la sociedad antigua. Por el trabajo se destruia, por el trabajo

espiraba. O mejor dicho, se destruía, espiraba por falta de trabajo. Aquellas gentes creían que el trabajo es un castigo, que el trabajo es un dolor, que el trabajo es una degradación. Señores, el trabajo, la actividad infinita del espíritu, que hace del hombre el vencedor de la naturaleza, sin necesidad de mancharlo con la guerra; que inspira religioso culto al planeta de cuya sustancia son los filamentos de nuestras carnes, los átomos de nuestros huesos; que sostiene pura la vida; que transforma los seres inanimados imprimiéndoles el sello de nuestra idea; que doma el fatalismo de la materia levantándola con el impulso de nuestra libertad; que es en la naturaleza moral como la ley de la armonía en el mundo físico; que habiendo recibido campos incultos y cubiertos de espinas los ha hecho hermosos y fecundos; que ha abierto las selvas con su hacha, y allanado los montes para hacer caminos triunfales á los pueblos; que ha levantado sobre el tallo la dorada espiga, y unido los continentes, y domado los mares, y deshilado las plantas para vestir á la humana desnudez, y convertido las tablas en cuadros y los mármoles en estatuas, y aprisionado el rayo, y hecho el relámpago, humilde mensajero de nuestra palatra; que, perfeccionándola, fecundándola, ha elevado la tierra como una hostia sagrada en el misterioso altar de los espacios á Dios, mas digna de la grandeza de su Creador que en los primeros días de la creación, porque despide como nueva luz de sí los rayos del inmortal espíritu del hombre. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

El mundo antiguo, señores, no podía salvarse porque no creía en la virtud del trabajo, porque despreciaba el trabajo. El único oficio que creía digno era la guerra, la explotación del hombre por el hombre, y no la explotación de la naturaleza por el hombre. De su menosprecio por el trabajo nacía la necesidad en que estaba de abandonar el trabajo al esclavo. Y como le abandonaba el trabajo, que es la vida de la sociedad, puede asegurarse que le abandonaba la sociedad también. Cuando veo en aquella Roma un César hastiado en el trono, una aristocracia hastiada en sus palacios, un pueblo hastiado en el foro, y veo que ni César, ni aristocracia, ni pueblo trabajan, los considero destinados á la muerte. Cuando veo que el esclavo trabaja, presiento que el esclavo es el heredero de aquella civilización, el rey que se levantará sobre las ruinas del Capitolio. Por eso creo que la civilización moderna que tan grande culto presta al trabajo, no está destinada á perecer como creen nuestros elegíacos neo-católicos. (Risas.) Los golpes del trabajo me anuncian que no puede morir una sociedad que

está continuando la obra de Dios. Pero no sucede lo mismo en el seno de Roma. Allí el trabajo no existía. Allí no había mas trabajador que el eterno proscrito de la sociedad, el esclavo. Así el día en que fuese preciso que la esclavitud se acabara, no era posible que aquella sociedad continuase. El mismo elemento de que recibía vida era su muerte. Acercaos, señores, acercaos conmigo á las gemmonias, acercaos con el corazón lleno de compasión y de dolor á aquellos abismos, porque los infelices que allí padecen son vuestros padres, vuestros progenitores, vuestra estirpe; la codicia romana los ha arrancado por la piratería, por la guerra á la patria, al sagrado suelo á que se agarran las raíces de la vida, los ha arrancado al hogar, al seno de una madre, á los brazos de una esposa; los ha llevado á la ciudad y los ha puesto á las puertas de las tabernas ó á las puertas de los templos desnudos, sin respeto al pudor innato en la naturaleza humana, los ha vendido por algunos sestercios á un señor, que los tiene por mas viles que sus perros de caza; y los encierra en profundísimos calabozos, donde se palpan las tinieblas; y les da ménos alimento del que necesitan, de suerte que están enteramente hambrientos; y los abofetea y los escupe para desahogar su ira; y les rompe los dientes con un martillo, y los azota con espinos; y los manda á trabajar desnudos al campo sin mas ración ni mas alimento que las frutas que puedan recojer de los árboles; y los espone al sol en una horca; y despues de haberles hecho pasar esta vida de amargura, de dolores infinitos, en que no hay ni amor, ni consuelo, ni familia, ni esperanzas religiosas, los descuartiza para alimentar los peces de sus estanques, ó los abandona en las orillas del Tiber, si inútiles, á la voracidad de los perros y de los cuervos; ó los lleva al espoliario de los gladiadores, donde espiran asfixiados por los miasmas de la corrupción y de la muerte, maldiciendo á Roma, que cree, como creen siempre los privilegiados, que sin estas grandes injusticias no puede ser su vida cuando por estas grandes injusticias va á sufrir desastrosa muerte. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Si, sí. Ved, señores, cómo castiga el esclavo á los mismos que lo esclavizan y que por fin van á necesitarlo para todo. El esclavo es maestro, preceptor en la casa, y mata los sentimientos de dignidad en el ánimo de sus discípulos; el esclavo hace imposible la familia, porque el jóven halla en brazos de sus esclavas la satisfacción de los sentidos y para nada necesita la satisfacción de su alma enterrada en el sepulcro de su cuerpo; el esclavo imposibilita el matrimonio ofre-

ciendo constantemente incentivo á la barraganería y al concubinato; el esclavo ofende la moral pública esponiéndose desnudo en el teatro, pues no le está permitido el pudor, como no le está permitido á las bestias; el esclavo es el instrumento de todos los vicios y de todos los crímenes, porque quien no tiene libertad no tiene responsabilidad, y quien no tiene responsabilidad no tiene ley moral, no tiene virtud; el esclavo guarda aquellas inmensas propiedades, aquellas latifundias de los patricios arrancadas al cultivo y convertidas en praderas donde no es necesario el agricultor, porque Catón les ha dicho que vale más el pastoreo que el cultivo, puesto que exige menos brazos y que es preferible el trabajador comprado y reducido á trabajar por fuerza, al trabajador libre, voluntario, retribuido; errores cuyas consecuencias se sienten, se tocan todavía en aquellas campiñas romanas, las más hermosas, las más fértiles de la Europa en otro tiempo, y después, ¡triste fruto del trabajo esclavo! emponzoñadas por sus marismas, por sus lagunas pontinas, que envían sus venenosas miasmas al Capitolio, á las puertas del Vaticano, miasmas que parecen las exhalaciones que los cuerpos de los esclavos allí inmolados, mandan á su eterna señora, á Roma; como si una injusticia persiguiera á generaciones de generaciones con su sombra, para enseñar eternamente que esas clases inferiores, esos gusanos que los poderosos del mundo desprecian y aplastan, pueden acabar con los más altos imperios, porque colocados en las bases de la sociedad, roen y destruyen sus cimientos. (Aplausos.) Así es que si preguntáis qué significa filosóficamente considerado el Imperio social, y humanamente considerado el divino cristianismo, os responderé que significa la reacción del mundo contra el dominio de Roma, y la reacción del alma del esclavo contra el patriciado. Por el Imperio los vendidos se apoderan de las magistraturas, las razas enemigas de Roma ocupan su trono, y la gente de origen servil inunda las plazas de la ciudad eterna, aguardando su libertad. Y esta reacción es mayor en la esfera religiosa. El mesianismo es una esperanza que ha nacido al son de las cadenas, en pueblos cautivos, es la religión del esclavo; y Cristo, que es el ideal de los hombres por su vida y por su muerte, es muy especialmente el ideal del esclavo; es un vencido de Roma; es un pobre, que no tiene una piedra donde reclinar su cabeza; es el hijo de un artesano; es el misionero divino, que predica la igualdad religiosa, gran necesidad del esclavo; es el consuelo de los que padecen, de los que lloran; es el que ha venido á exaltar á los humildes y á consolar á los desgraciados; es el que va á

elevantar sobre el Capitolio y sobre la corona de los reyes la Cruz, el patíbulo del esclavo, la Cruz, por la cual había corrido antes la sangre de los Espartacos, la Cruz, que al convertirse en el lábaro del Imperio, lo destruye, lo arruina; pero salva á los infelices menospreciados y vendidos, que rompen las cadenas religiosas y sienten nacer su alma, y esperan llevar ceñidas á sus sienes, heridas y destrozadas por el látigo de los señores, una eterna corona de estrellas en el cielo. (Estrepitosos aplausos.)

El Imperio y el cristianismo coadyuvan al mismo fin, señores, aunque por distintos medios. El esclavo debía matar á Roma para mostrar que todas las sociedades perecen por injusticias. Cicerón decía: *quod servi, tot hostes*, cuantos siervos, tantos enemigos. Y mientras la gente de origen libre moría, la gente libre diezmada en las guerras sociales, en las guerras civiles, en el Imperio, la gente de origen servil se aumentaba en tales términos, que hubo que prohibir que vistieran su traje para que Roma no pareciera una inmensa ergástula, rebosando esclavos. La maldición que un día estos seres desgraciados arrojaran sobre Roma iba á cumplirse. Sus hijos, sus descendientes se agolpaban á las orillas del Rin y del Danubio, para tomar de la señora de sus padres la más terrible y la más sangrienta de las venganzas. El esclavo había sentido mil veces el peso de los grillos en sus pies, el peso de la argolla en su cuello, y la afrenta del estigma en su frente. Su dolor era inmenso, su desesperación no tenía límites, porque ni siquiera terminaba más allá de la tumba. Este dolor inmenso del esclavo se hizo hombre, y se llamó Espartaco. Nómada de raza, trágico de nacimiento, llevaba en sus venas la sangre de las gentes que Roma había esclavizado con mayor crueldad. Venido á la ciudad eterna, fué destinado al más bajo y terrible de los oficios, al de gladiador, y alimentado de manera que tuviese mucha sangre que verter sobre la arena del Circo. Acostumbrado á los desfiladeros de sus patrias montañas, al aire libre que agita sus selvas, á la vida de cazador, á errar en los espacios inmensos á su antojo, su cuerpo chocaba en las paredes de su ergástula como el león enjaulado en los hierros de su jaula, y cada vez que veía el horizonte, envidiaba el vuelo del ave y sentía levantarse en el corazón el amor de la libertad. ¡Oh! El esclavo con estos sentimientos demostraba que la esclavitud no es posible sino ahogando el alma que guarda la eterna conciencia de la libertad. Muchas veces en su triste soledad, en sus largas horas de insomnio, aquel hombre, que tenía algo de la fiereza de Aníbal

y de la altivez de Jugurtha en su carácter, pensaba que, dado su destino, tanto le iba el morir sobre la arena del Circo entre los gladiadores, como en los campos de batalla entre soldados. Al fin la vida de esclavo era mil veces peor que la muerte, y la ergástula mil veces mas negra que el sepulcro. Su corazón se levantó á una gran fortaleza; su oscurecida conciencia á la idea de su derecho, y sus brazos á esgrimir contra Roma la espada que Roma le habia confiado para esgrimir contra los gladiadores sus hermanos en el Circo. La luz de la libertad cruzó por su espíritu como una revelacion celeste, y á su llama se deritieron sus cadenas. Llamó á sus hermanos, les abrió su alma, puso en sus manos las espadas y les guió al Vesubio, que no guardaba tanto fuego como amor á la libertad guardaba el alma del esclavo. Al poco tiempo las ergástulas se vieron abandonadas y solitarias, y los campos de Italia, llenos de siervos que habian convertido sus cadenas en espadas. Espartaco queria dejar á Italia y correr con aquel ejército á su patria, para respirar en el aire de sus montañas la santa libertad, primera necesidad del espíritu. Pero los esclavos, corrompidos con los vicios romanos, preferian despojar á sus señores de su lujo y de sus riquezas, á ganar los montes y en ellos su nativa independencia. Roma, que habia vencido á tantos reyes, tembló, vaciló algunos momentos delante de sus esclavos. Mas miedo tuvo de Espartaco que de Annibal, porque Espartaco era un eterno Annibal invencible, y no podia morir mientras quedase en Roma un esclavo. As la ciudad eterna, en aquellos tiempos, que eran los tiempos de Pompeyo, mandó sus primeros generales contra Espartaco. Este héroe, que desde el envilecimiento de la esclavitud se habia levantado á la idea de la libertad, peleó, vió caer doce mil de los suyos á su alrededor, todos con la cara vuelta al enemigo, y exánime, sin sangre, agotadas sus fuerzas, hecho una herida inmensa desde el pié á la frente, cubierto de acerados dardos, fué á morir sobre un monton de cadáveres, mártir sublime de la libertad y de la justicia, mas digno de ser dueño de la tierra que sus miserables señores. (Aplausos.)

Craso, su vencedor, volvió en triunfo á Roma, volvió entre diez mil cruces, sobre las cuales agonizaban diez mil esclavos que, al exhalar sus almas, iaceradas por horribles dolores, las condensaban como inmensa tempestuosa nube sobre la cabeza de Roma. Y en efecto, cinco siglos mas tarde, en aquella terrible noche, eternamente triste en la historia, cuando los hambrientos soldados de Alarico revoloteaban como cuervos al fulgor de los incendios sobre los muros detros

zados, sobre las rotas aras, sobre los mutilados dioses; la antigua Roma en su agonía, al levantar la última mirada al cielo, debia ver como la encarnacion viva de sus remordimientos, aquella larga procesion de sangrientas cruces, de las cuales descendian como ángeles exterminadores sus antiguos esclavos á aventar á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Todo se gastaba en aquella Roma, cuya terrible agonía era el espanto de la tierra. ¿Qué le restaba para salvarse? La guardia pretoriana. ¡Espantoso refugio! Los pretorianos, los militares, la única fuerza de aquella sociedad, su única vida, su último asilo, ociosos, y por ociosos viciosísimos; alimentados por el trigo de la Annona, dispuestos siempre á ahullar en el Circo (Aplausos); célibes, y por lo mismo muy idóneos para acrecentar la general inmoralidad, viviendo en una orgía eterna; cargados de deudas que venían de antiguo, pues ya sus predecesores decían en tiempo de Pompeyo que no les quedaba mas remedio para redimirse de ellas, que llamar á su pretor Sila de los profundos infiernos; violentos por las complacencias serviles con que los trataba el poder, en vez de amparar la sociedad con su escudo y defenderla con su espada, la quebraban con sus violencias atreviéndose á todo como si fueran dueños de la vida y de la hacienda de todos los ciudadanos; terrible castigo de una sociedad que habia perdido el escudo del derecho y la fé en el poder de las ideas. (Aplausos.) Siento mucho, señores, verme obligado á tratar del pretorianismo, porque no quisiera que se me atribuyese empeño en tratar cuestiones candentes. El pretorianismo es, como sabeis, el mando de los soldados. Aunque el asunto aparezca erizado de espinas, hablaré, ó mejor dicho, hablará la voz de mi conciencia. (Aplausos.) Yo no soy tan desvariado que quiera una sociedad sin fuerza que la sostenga. La sociedad es como el Universo, y el Universo cuenta con una gran mecánica que sostiene sus infinitos mundos en los espacios. Pero el pretorianismo, el predominio del elemento militar, es el mal de nuestra raza en Europa, es el mal de nuestra raza en América, y debe ser combatido aunque el pretorianismo tenga para ahogar la voz de nuestra razon la voz de sus cañones. (Aplausos.) He dicho que una sociedad sin fuerza seria un sistema planetario sin mecánica; y ahora digo que una sociedad donde no predominara la razon y su forma social, que es el derecho sobre la fuerza, seria como un sistema planetario sin Dios. (Entusiastas aplausos.) Se pregunta si las armas de-

ben mandar á las letras, ó las letras á las armas. Tratar esto, me parece tan escusado como si tratáramos de si en el cuerpo humano debe mandar el brazo en la cabeza ó la cabeza en el brazo. (Aplausos.) Si el mas fuerte es el que tiene mas derecho para gobernar, cedamos la corona del mundo al elefante. [Ruidosos aplausos.] Las sociedades que se entregan al pretorianismo me parecen aquel Beltran del Bernio, habitador de los últimos círculos del infierno del Dante, que llevaba su propia cabeza en las manos, en vez de llevarla donde Dios la puso, sobre los hombros. [Frenéticos aplausos.] La autoridad que solo se sostiene en los ejércitos es despotismo. [Aplausos.] La libertad que viene del ejército, tomada pronto de embriaguez, cae en la dictadura. [Aplausos.] El ejército está instituido para obedecer, y no para mandar. [Ruidosos aplausos.] Las lanzas no pueden ser base firme de ninguna institucion durable. Por eso en las sociedades donde el ejército instituido para obedecer, manda, están perdidas. [Redoblados aplausos.] Y como en Roma el ejército mandaba, Roma, señores, Roma estaba ya perdida sin remedio. [Aplausos que interrumpen al orador algunos momentos.]

Confieso, señores, que vuestra, permitidme la frase, vuestra maliciosa penetración va más allá que mis intenciones. (Aplausos.) Hablamos de Roma. (Risas.) Perdido el Senado, cerrados los comicios, destruido todo derecho, borradas las antiguas clases, degradado el pueblo, ahogada la libertad que mantiene pura la vida: el ejército, alentado un dia por el tirano Sila, agasajado por César, corrompido por Antonio, que despues del combate lo llevaba á la orgía, alojado espléndidamente por Tiberio en magníficos cuarteles alzados en la montaña Quirinal, no lejos del palacio de los Césares (ruidosos aplausos;) cuarteles fortificados formidablemente para ser como una amenaza perenne estendida sobre Roma (repetidos aplausos;) acostumbrado á nombrar Césares por capricho como á Claudio, ó por dinero como á Galba, ó por placer como á Othon, ó por despecho como á Vitelio; domado un dia por los Antonios, pero libre al dia siguiente por las serviles complacencias de Cómodo; se vió por fin, despues de la corta reaccion del virtuoso Pertinax, emperador que fué sacrificado por las lanzas pretorianas en premio á sus virtudes, se vió dueño absoluto del mundo, dueño absoluto de Roma; y no sabiendo qué hacer de la corona del Universo, la colocó sobre una almena, la sacó á pública almoneda, y por mil sextercios ofrecidos á cada soldado la vendió, sí, vendió Roma; la conciencia de la humanidad, el templo de todos los pueblos, el

ara sagrada de la justicia, porque sin leyes, sin autoridad, sin freno, sin norte, cuando todo poder cayó en sus manos, solo supo comerciar á vil precio con la majestad del Imperio. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Siempre que se quiera estudiar la decadencia de una sociedad entregada al régimen militar, el ánimo se detendrá ante los últimos dias del Imperio. La indisciplina era la ley de vida de los soldados. Su Dios era un antojo. El donativo el único móvil de sus acciones. Los comicios políticos se habian cerrado, pero quedaban los comicios militares. No se discutia en el foro, pero se discutia en el cuartel. Los jefes de los pretorianos se asentaban entre los jueces. El prefecto del Pretorio era la primera autoridad de Roma, la cabeza del consejo de los Césares. Estos no se curaban de refrenar las tropas, sino de contentarlas; porqu^{el} las tropas los habian alzado al trono con sus escudos, y podian derribarlos del trono con sus espadas. Sin familia, casi sin patria, porque muchos de ellos eran extranjeros; sin dioses, puesto que la conciencia de la sociedad espiraba, iban los pretorianos á Roma como á una bacanal, como á una orgía. Aunque célibes, Claudio les concedió los derechos de los padres de familia, y mas tarde Septimo Severo les permitió que se casaran. A todo se atrevian creyendo que todo cuanto les era posible, les era permitido. Los propietarios habian sido despojados por ellos, y las tierras por ellos esterilizadas. En los confines del Imperio tenian tambien grandes territorios que al momento quedaban yermos bajo sus manos de hierro. Su paga crecia á medida que crecian sus desórdenes. Un ilustre economista ha calculado que el soldado romano costaba treinta y cinco céntimos diarios durante la República, desde César á Domiciano, ochenta y cinco y mas aún desde Domiciano á los últimos dias del Imperio. Y á esto hay que agregar el alojamiento, el vestido, la armadura, las recompensas extraordinarias, los juegos y festejos, y el trigo, la carne, el vino con que de continuo entretenian los Césares el hambre de aquellas fieras para que no devorasen el Imperio. De suerte, señores, que el soldado era el rey de Roma levantado sobre la cima del Capitolio. Vosotros, los que todo lo fiáis á la fuerza, entended que el soldado era á un mismo tiempo el rey y el verdugo de Roma. (Aplausos.)

Semejante gobierno, señores, necesitaba oro, muchísimo oro. Vespasiano anunciaba al mundo asustado que Roma habia menester para sostenerse cuarenta mil millones de sextercios anuales, cerca de diez millones de reales. De aquí nacia aquella inmensidad de tributos

que no pueden mencionarse; que mi memoria no puede repetir aquí; el canon frumentario para alimentar al pueblo; la contribucion territorial directa que se llevaba la quinta parte de la renta; el diezmo sobre todas las especies; impuesto sobre las minas cuando no se las quedaba el emperador para esplotarlas en su provecho; impuesto sobre las canteras y muy especialmente sobre las de mármol; impuesto sobre los ganados trashumantes; despojo, cuando la necesidad lo pedia, á la Campania de todas sus ovejas y cabras, á la Armenia de todo el sa-lazon que hacian sus habitantes; vectigalia, ó renta de aduanas; portuaria, ó impuesto sobre los barcos; consumos, esa contribucion sia la cual no pueden pasar muchos gobiernos modernos, que arranca el amargo pedazo de pan á la boca del pobre miéntras deja libres los dispendios del rico; el veinte y cinco por ciento sobre la manumision de los esclavos, y el veinte sobre los testamentos; contribucion por las cloacas; contribucion por las columnas urinarias establecidas por el avaro Vespasiano, del cual se cuenta que como Tito le echase en cara que ni siquiera el orin se libraba de su fisco, oliendo una moneda proviniente de este tributo, dijo: "pues el metal no huele á orines?" (risas); patentes carísimas por la industria; patentes por ejercer el infame oficio de la prostitucion; impuesto á los célibes y á las viudas que tardaban en contraer nuevas nupcias; contribucion por andar, por beber, por el aire que se respiraba, por las exhumaciones, que debia hoy resucitarse á ver si ciertas gentes dejaban en paz los huesos de los muertos (risas;) contribuciones todas que exigian una infinidad de censores, de alcabaleros, de publicanos que caian como inmensa nube de langosta sobre poblaciones y campos y los devoraban; que el despotismo es un monstruo que siempre tiene hambre. (Prolongados aplausos.)

Y ¿cómo se podian sacar tantos tributos, cuando la poblacion disminuia en todas partes? Las clases aristocráticas se habian estinguido. Desde los tiempos de Augusto estaban desfallecidas. La dictadura del Imperio habia acabado de borrarlas de la tierra. Los caballeros que formaban el núcleo de la clase media murieron con la República. El pueblo romano reclutaba gentes por todo el orbe, pero no crecía. Los desgraciados esclavos fenecian por el exceso del trabajo. El vicio se oponia al aumento de la poblacion. La prostitucion es siempre estéril. La falta de industria quitaba actividad á las fuerzas humanas. El monstruo de la guerra vivia rumiando pueblos. La administracion á medida que moria el Imperio era mas onerosa y tiránica. Los decu-

riones, los magistrados populares, debian salir con sus propiedades fiadores del pago de los tributos en cada pueblo, y como los tributos eran tantos y tales, no podian satisfacerse, y los principales de los pueblos se veian reducidos á la miseria. Y el Imperio en su hambre voraz enviaba sobre el mundo romano censores, gente encargada de la estadística, que contaban las riquezas como les placia, y los campos, y los ganados; y atormentaban á los pobres pobladores; de suerte que los magistrados romanos habian pasado á la categoría de feroces conquistadores, y el mundo á sufrir de nuevo el dolor de una conquista. El Imperio no podia mantener su lujo y apelaba á la confiscacion, al despojo universal. Los ciudadanos desfallecian desesperados, pues ni la tierra del Imperio estaba segura bajo sus plantas.

Y esta civilizacion descreida, esta civilizacion materialista, ¿dónde tenia un consuelo? ¡Ah! En ninguna parte. Roma creia llenar su espíritu reuniendo todos los dioses, como habia llenado su ambicion reuniendo todos los pueblos. ¡Engañosa ilusion! El espíritu es un abismo que solo se llena con lo infinito. El romano se hastiaba después de salir de aquel templo donde estaban los dioses de todos los pueblos vencidos; la tosca lanza sabina que les abrió el camino de la tierra; las rientes divinidades griegas coronadas por el iris y precedidas de la diosa-Armonía, que derramaba alegres acordados sonos de su lira de oro suspendida en los cielos; los gigantescos dioses de Oriente; los libros sibilinos que guardaban los misterios de lo porvenir; el dios-Espanto con su cabellera de serpientes entrelazadas con bastones augurales; el Palladium, el fuego de Vesta, las imágenes de Brahm y Orfeo conducidas por Alejandro Severo; el espíritu de Cleopatra y de Berenice, que erraba como fuego fatuo por aquellas aras; el dios erótico de Heliogábalo, cuyo culto confundia todos los vicios, agotaba todos los placeres; dioses en cuya presencia pasaban en vano los representantes de todos los cultos; los suplicantes con sus sensuales plegarias en los labios; los lascitenas arrojando ramas de verbena y puñados de blanca harina y vino de las ánforas etruscas; los sementinos con manojos de doradas espigas; los flamines coronados de hojas de encina llevando vacas blancas como la nieve con cuernos dorados como el sol; los victimarios desnudos de medio cuerpo arriba y envueltos de medio cuerpo abajo en paños de púrpura; todos pidiendo á una con voz tremenda, nuevo Dios, nueva fé, y cayendo despiomados con la duda en la inteligencia y la desesperacion en el pecho sobre el mar de cieno en que se hundia Roma. [Entusiastas aplausos.]

Observad, señores, que Roma había realizado la unidad del mundo y con esto había hecho un gran servicio á la humanidad. La ley de su vida era el sincretismo religioso y el sincretismo político. Pero su sincretismo religioso mataba al individuo, mataba la personalidad. Era necesario que esta idea de la personalidad naciera, y para tal fin la gran lógica de los hechos que llamamos Providencia, trajo á los bárbaros. Sin la idea de personalidad se perdía la idea de libertad, y con la idea de libertad, la ley sublime de la variedad de la vida. Y así como el sincretismo religioso mataba la personalidad, el sincretismo político mataba la nacionalidad, mataba la patria. ¿Y concebís la vida sin la patria? Por eso, señores, en el período del siglo tercero que la historia augusta cuenta, y que se llama período de los treinta tiranos, en ese período veo un despertamiento de la idea de la patria en el esfuerzo triste, desesperado, que para tener un César propio hacen las naciones. No era posible que Roma viviese mucho tiempo fundándose su vida en el aniquilamiento de la patria. ¿Quién no siente el amor de la patria en el corazón? La patria, tierra sagrada, de cuya sávia es la sangre de nuestro cuerpo; hogar del espíritu que guarda nuestras primeras ilusiones, nuestros primeros amores; templo donde se ha elevado la primera oración que ha exhalado el alma, y donde deseamos que se pierda también el postrer suspiro que se escape de nuestro pecho; la patria, cuya historia es nuestra misma historia, cuya honra es nuestra misma honra, cuyos dolores son nuestros dolores, cuyas esperanzas son nuestras esperanzas, porque en su seno guarda las cenizas de nuestros padres, las reliquias de todos los que hemos respetado y querido; porque está amasada con la sangre de nuestros progenitores; porque sobre su sagrado suelo ha caído la santa lágrima de dolor que costó á nuestras madres nuestra vida (estrepitosos aplausos); la patria se levantará siempre á reclamar nuestra existencia: que entre la tierra de que somos hijos y el espíritu, ha puesto Dios armonías eternas; y por eso serán siempre en la memoria de la humanidad santas las guerras intentadas por los pueblos para recabar el suelo patrio; y por eso bajaremos eternamente la cabeza todas las generaciones ante la sencilla inscripción de las Termópilas, donde se cuenta el sacrificio de los trescientos espartanos; y besaremos con respeto el polvo de Zaragoza y de Gerona; y saludaremos como el héroe de nuestro siglo al poeta, al ángel caído, que llevando la duda enroscada al pecho muere después de haber peleado por la independencia de Grecia, eterna patria de su espíritu; y mién-

tras maldecimos á los tiranos que han aherrojado á Hungría y se han repartido como chacales los huesos de Polonia; saludamos alborozados á Italia, la eterna mártir de la historia moderna, que se levanta del polvo y llama á todos los esclavos á una santa cruzada; pues los pueblos que derraman su sangre por la patria son los soldados de la libertad, los soldados de la civilización, los soldados de Dios. (Ruidosos y prolongados aplausos.) Y hé aquí, señores, cómo la caída del Imperio romano de ninguna suerte debe acongojarnos, porque van á salir de sus restos el primer albor de la libertad y el primer bosquejo de la patria.

Pero muy especialmente, señores, lo que va á surgir de la tumba del Imperio romano es el espíritu transfigurado en los altares del cristianismo. Delante de un mundo que solo rendía culto al poder, á la fuerza, á la riqueza, y que se consumía en la fiebre del materialismo, exclamaba el Redentor: "Bienaventurados los pobres, los hambrientos, los que lloran, porque de ellos será el reino de Dios. Mas fácilmente pasará una maroma por el ojo de una aguja que un rico entre en los cielos. Venid, benditos de mi padre, porque he tenido hambre y la habeis satisfecho, he tenido sed y la habeis apagado, he estado sin asilo y me habeis recogido, desnudo y me habeis vestido, enfermo y me habeis curado, preso y me habeis visitado." Y como le preguntasen los justos cuándo habian hecho esto con el Señor, les contestaba: "En verdad os digo, cada vez que habeis hecho esto con alguno de mis pobres, lo habeis hecho conmigo." Uno de los principales de un pueblo interrogaba al Salvador, diciéndole: "Buen Maestro, ¿qué haré para alcanzar la vida eterna?"— "¿Por qué me llamis bueno? le dijo el Salvador. Solo Dios es bueno. Si quereis entrar en la vida eterna, guardad los Mandamientos."— "Los he guardado desde mi infancia; ¿qué me resta que hacer?" Jesus le dijo: "Si quereis ser perfecto, vended lo que poseeis, repartidlo entre los pobres y encontrareis tesoros en el cielo; y venid, y seguidme. Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los cielos. Bienaventurados los hambrientos, porque ellos serán satisfechos. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. ¡Ay de vosotros, ricos, ay de vosotros, hartos, porque vosotros tendreis hambre! ¡Ay de los que rien, porque llorarán y sollozarán! Dad á quien os pida, prestad sin interes. Si prestais á aquellos de quienes aguardais algo, ¿qué se os debe por esto? Los pecadores prestan porque les presten. Vosotros sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. El que no renuncia á